

Inmaculada

TRAGICOMEDIA EN DOS ACTOS
(1963)

PERSONAJES

INMACULADA, *íntegra de blanco, 53 años*
CLAUSTRO y CLAUDIA, *viejos que cuidan la casa de Inmaculada. Son muy pobres y tienen 65 y 70 años*

REMIGIO y HADA VENTISQUERO, *esposos con cuatro hijos varones*

MATILDE, *48 años, borda manteles y hace trou-trou y lleva siempre la cabeza vendada*

ABELARDO Y POMPOSA, *directores de la escuela particular Gabino Barreda, 68 y 65 años*
INÉS y su hija FRAMBUESA –*niña tardía-*, *57 y 38 años. La hija va vestida con un modelo francamente infantil del siglo XIX*

CONSUELO, *cose en su máquina y no habla, 35 años*

LOS HIJOS DE CONSUELO, *la niña, 8 años, el niño 6 o 7*

DIONISIO –*Nicho-* PLATEADO, *violinista que acompaña a Inmaculada*

PRIMER ACTO

En escena se encuentran al fondo, la casa de Inmaculada con los muebles y enseres que va enumerando. Un balcón florido deslinda áreas. Al frente una banca de jardín de provincia rompe la simetría. En el estado de Puebla, 1936.

I. COMO BLANCAS SON LAS ALAS DE MI MEMORIA

INMACULADA.- *(Se arregla para salir.)* Son las primeras horas de la tarde. Como todos los días me dispongo a salir de esta casa a donde he venido a dar con mi presencia altiva. Sus paredes me oyen y me contienen porque yo la levanté con el producto de la excusa de mi primer y único marido. Digo esto como reflexión, ya que el pobre hombre nunca osó tocarme para no lastimar la delicadeza de su abnegada madre, que dormía entre ambos en nuestras escasas noches nupciales; hasta que la triste señora no pudo más, pues resultaba demasiado incómodo dormir tres en una cama dispuesta para las estrecheces matrimoniales de hoy en día. Por eso levanté esta casa de paredes donde se refugian los gorriones y de techos tan altos... que rozan el pasto del celeste cortejo. *(Con íntima satisfacción.)* Por eso, también visto de blanco... como blancas son las alas de mi memoria detenida *(señalando con melancolía:)* la lámpara de gasas rosas y flecos de

chaquira, el ajuar de bejuco y de bastones idénticos a ese despojo de árbol que fue mi padre, abatido en el agudo dolor de saberme mal unida. Ahí está la almohadilla en el *secrétaire* de nácares; el ámbar de cuero del baúl... Anchado a la cama el salino y albo crochet de Crisantema, hermana tan fértil como un surco. *(Pausa breve y luego con detenimiento muy sensible.)* El ropero del sol y la luna... inseparable... como la presencia más placentera que me heredó la tarde soñadora de mi madre... En él quedó mi *trousseau* de Lanvin, guardado... enclaustrado... enmohecido en el olor a rosa de Castilla... rígido... como momia. *(Pausa y transición.)* Pero son las primeras horas de la tarde de todos los días; el viento viene bajando y yo salgo a visitar a mis amistades, con las cuales comparto la alegría de seguir viva.

Llega a la casa de Inmaculada una pareja de viejos pobres –Claudia y Claustro- para cuidar el lugar mientras ella sale a sus visitas. En recompensa, Inmaculada les permite sentarse en el balcón a ver pasar la gente que transita.

CLAUDIA.- Señorita, son las primeras horas de la tarde y como todos los días llegamos a tiempo para cuidarle su casa.

CLAUSTRO.- La tarde inicia su sueño de doncella y las nubes navegan por el mar quebrado que el sol establece. Buenas tardes.

INMACULADA.- *(Termina de arreglarse.)* Pasen, pasen, muy buenas tardes. Dispónganse a mejorar de vida en esta casa como si fuera la suya propia, aunque sea por un momento... Pasen.

CLAUDIA.- La caridad que practica con nosotros, la hace merecedora del divino perdón.

CLAUSTRO.- En cambio cuidaremos de sus pertenencias, sin envidias.

CLAUDIA.- No hurtaremos misericordias de la hielera, ni nos asomaremos a las ternuras de su álbum familiar.

CLAUSTRO.- La casa quedará absolutamente segura hasta su regreso y miraremos qué hace desde este hermoso balcón florido.

CLAUDIA.- *(En acto de recogimiento.)* No sabemos siquiera que el ropero existe...

CLAUSTRO.- *(Igual.)* No deberemos siquiera pensar en él...

CLAUDIA.- Mucho menos mirarnos en el espejo del sol y la luna, Claustro...

CLAUSTRO.- El ropero no existe, el ropero no existe; hemos venido aquí para cuidar la casa de la señorita Inmaculada, desde su balcón lleno de flores, solamente...

Inmaculada, que ha concluido su arreglo, toma su paraguas, que también es blanco, y una correa que ata a su muñeca derecha. La ajusta, y ella sabe que su perra Colombina, regordeta y blanca, la acompaña inseparable.

INMACULADA.- Muy bien. Con el permiso de ustedes. *(A su invisible perra.)* ¿Vamos, Colombina?

La pareja de viejos va a sentarse al balcón rodeado de macetas con flores y ahí permanecerán inmóviles hasta que la dueña regrese. Inmaculada camina graciosa por el escenario, dando la ilusión de que lleva paseando a su perra Colombina.

II. EL SUEÑO FAMILIAR PIROGRABADO

INMACULADA.- *(Descriptiva.)* Éste es el pueblo donde levanté mi casa. A este pueblo lo levantaron los franciscanos del siglo... *(fijando el número)* XVI. Por eso se tiende rodeado de colinas y con un convento vigilante que esparce rumores de hierbabuena por las tardes que yo visito a mis amistades.

Suenan cinco campanadas en el reloj de Palacio.

INMACULADA.- Da el reloj del Palacio las cinco campanadas de las cinco, cuando debo encontrarme con mis amigos, los esposos Ventisquero. Él se abandona a los placeres de la medicina curativa, y ella, la dulce Hada, atiende la botica de su propiedad. Por eso Dios ha bendecido su hogar con el albor de cuatro hijos varones. Ni una sola mujer. El tiempo pasa.

Llegan los esposos Ventisquero y son dos elementos de la tarde pueblerina. Él lleva una bata de médico y ella posee un singular donaire por la calidad de su cabeza extremadamente larga y suelta; usa guates y los exhibo con marcada elegancia, sobre todo al hacer referencia a su singular afición por el pirograbado. Los esposos caminan marcando viven y hablarán siempre ausente el uno de la otra:

HADA.- Esposo, no cruces la calle sin saludar a nuestra querida amiga Inmaculada.

REMIGIO.- Nunca me olvido de ella, esposa mía.

HADA.- *(Quiere ser discreta.)* ¿Conservas la afición al placer que te provoca?

REMIGIO.- Menos aún la de ayer. *(Transición.)* Mira las flores... Ahora están con Inmaculada.

INMACULADA.- Doctor, ¿cómo estás? ¿Hada...?

REMIGIO.- Como siempre, Inmaculada, con mi esposa y... trabajando.

INMACULADA. Y tú Hada ¿terminaste de pirograbar tu comedor?

HADA.- *(Con marcado deleite.)* Lo terminé anoche, Inmaculada. Caracolas, grecas, arabescos: ¡la danza del calor cauterizante! Ahora nada más me faltan los muebles de la cocina. *(Haciendo el recuento presumida se contonea*

suavemente, mientras su esposo saca instrumentos quirúrgicos de las bolsas de su bata.) La sala, completa, el consultorio de Remigio, también el comedor y el antecomedor; las recámaras; el recibidor y el peinador; en fin, me faltan los muebles de la cocina.

REMIGIO.- *(Ofreciéndole unas pinzas.)* Espero que a esos muebles le anagrames el nombre de la sirvienta.

HADA.- *(Hace figuras con las pinzas.)* Tienes razón, el de la nana podría ser: Natividad, daría un espléndido anagrama.

INMACULADA.- *(Halagándola.)* Tu casa entera pirograbada habrá de ser todo un aposento de personajes.

HADA.- *(Muy segura.)* Al concluir con los muebles hechizaré las paredes, seguiré con los pisos, para dejar al último los techos. Será un sueño familiar pirograbado.

INMACULADA. Muy merecido por cierto para un matrimonio tan bien avenido como es el tuyo. ¿Y los niños?

REMIGIO.- *(Aparte y muy expresivo.)* ¡Los niños son la tetralogía de la desesperación!

HADA.- *(Le responde a Inmaculada.)* Creciendo los pequeños. ¿No los viste en la pastorela cómo se distinguían?

INMACULADA.- ¡Cómo no! Y lo bien vestidos que iban... Uno de Tristán y otro de Isolda; uno de Sigfrido y el más inocente de Rosamunda.

REMIGIO.- *(Tolerante con las sublimes ocurrencias de su consorte.)* Hada es muy especial para las fiestas de la iglesia. Con nuestros hijos insiste en enmendarle la plana a la Divina Providencia, ja, ja, ja...

HADA.- *(Con fingida y atormentada aceptación.)* Si Dios no ha querido darnos hijas, por algo será. *(Transición.)* Pero te equivocas, Inmaculada, los dos mayores sí iban uno de Tristán y otro de Isolda, pero los menores no eran esos que tú dijiste, sino Pierrot y Colombina.

INMACULADA.- *(Encantada por la alusión de su perra.)* ¡¿Colombina?! Ay, Hada, qué gentil de tu parte. Vestir de Colombina a un hijo tuyo, ¡qué grande honor para este encanto mío! *(Alarga su mano derecha para dejar suspendida la correa.)*

HADA.- *(Se inclina para observar de cerca a la inexistente perra; toma con las pinzas el cabo de la correa y dice entre ademanes sumamente ridículos.)* Colombina, reina, ¿cómo estás?

INMACULADA.- *(Emocionada con la muestra de afecto.)* Saluda, Colombina, es tu madrina Hada. *(A la mujer.)* ¿La ves mejor, Hada?

HADA.- *(Que ha seguido el juego, dice con voz muy aguda y tratando de herir a Inmaculada.)* Es-que-simple-mente-no-la-veo-... *(Acordes muy agudos de violines.)*

REMIGIO.- *(Mirando para el cabo de la correa, le dice al oído a Inmaculada.)* Ese infeliz espíritu de perra está ausente de sí, Inmaculada...

INMACULADA.- *(Soporta dignamente la agresión.)* Es que a raíz de quedarse ciega le

apliqué cloroformo tal como me lo indicaste: sin rebajarlo nada, Remigio. *(Ahora trata de recriminarlo con artificial dureza.)* Fue demasiado cruel de tu parte, pues me aseguraste que no agonizaría por mucho tiempo...

REMIGIO.- *(Concluyente.)* Esa perra tenía que morir presa de *delirium tremens*.

INMACULADA.- *(Mostrando la correa y jugándola cordial.)* Ahora yo la veo mucho mejor. Claro está que apenas convalece; por eso no le exige esfuerzos pesados.

HADA.- *(Para iniciar el mutis.)* Nos vamos, Inmaculada, pues dejamos a Tristán y a Pierrot en la botica.

INMACULADA.- *(Coquetona.)* Y tú, Remigio, no me platicaste nada hoy... *(Hada se muestra haciéndose la desentendida.)*

REMIGIO.- No hay nada grave. Sigo siendo un instrumento de la divinidad para prolongar la existencia.

INMACULADA.- Vi la fotografía de tu última operación. La están exhibiendo en el escaparate de la Foto Lux.

REMIGIO.- ¿Cuál de todas?

INMACULADA.- Aquella en donde estás amputando la pierna del balaceado de todas las noches. ¡Qué guapo luces en tu antro de tortuga junto al muñón sanguinolento!

REMIGIO.- Esa foto es mala y además está muy vista; en la amplificación destaca el grano. Es mejor la placa de la trepanación que le practiqué a Matilde. Dile que te la muestre, se le ve el lóbulo frontal escarnecido con mucha dignidad. ¡Es una muy buena pieza!

INMACULADA.- ¿Sí? Le voy a pedir que me la muestre. Adiós.

Los esposos se alejan e Inmaculada llega a la casa de Matilde: una mesa con tablero de damas chinas. Matilde tiene la cabeza exageradamente vendada.

III. UN OBSESIVO RECUERDO DE AMOR

INMACULADA.- ¡Matiii...!, ¿dónde anda...? *(A su perra.)* Aquí te portas sobria, Colombina.

MATILDE.- *(Tiene la voz muy grave y siempre se manifiesta atormentada.)* Entre usted, Inmaculada, la estoy esperando para iniciar la sesión de damas chinas. Llega usted con cuatro siglos de retraso...

INMACULADA.- Me encontré a los Ventisqueros, Mati –tan esposos y tan elementales-, usted ya los conoce. *(Con desenfado.)* Por cierto que Remigio me dijo que la foto de la trepanación que le practicó es una obra de arte.

MATILDE.- *(Muy molesta.)* ¡Remigio le dice eso todos los días! Hace veinte años que me practicó la trepanación y a toda la gente le prescribe que le muestre yo la foto. *(Con odio.)* ¡Chantajista! *(Transición o terminante.)* ¡Inmaculada, de una

vez por todas le digo que cierre ese paraguas adentro de mi casa, y se abstenga despedirme le muestre la fotografía de mi trepanación!

Se colocan a la mesa para un juego de damas chinas.

INMACULADA.- *(Excusándose pero sin abandonar el tema.)* ... No sé por qué tiene usted que privarme del placer de contemplar esa obra maestra...

MATILDE.- Usted padece una curiosidad morbosa intolerable. *(Cruza los puños para darle a escoger ficha.)* ¿Azules o rojas?

INMACULADA.- *(Alegre.)* Mi buena suerte decide. Éstas. *(Vuelve a insistir.)* No es morbosidad, usted lo sabe. Es el deleite mayor de observar con cuidado su lóbulo frontal descascarado...

MATILDE.- Esa fotografía está en el Arca de Noé; para sacarla tendría que pedirle a Ricardo que regrese... *(Atendiendo a su juego.)* Salgo.

INMACULADA.- *(Sin dejar de ver el tablero.)* ¡¿Ricardo?! ¡Ah, sí, aquel joven mancebo que cuidaba los cepos de la parroquia! *(Transición.)* Se lo tragó la zanja, pobre. *(A su perra.)* Sobria, Colombina.

MATILDE.- *(En el plano emotivo propuesto y entregándose al recuerdo.)* Shhh... no lo publique... *(Íntima y en voz muy baja.)* A Ricardo se le cayeron las manos y la lengua y las disposiciones poco a poco... *(En su juego.)* Ésta llega a su destino. *(La corre.)*

INMACULADA.- *(Refiriéndose al efecto de la jugada.)* Fue un descuido de mi parte. *(Al asunto anterior.)* Abrieron una zanja en la calle frontera a la parroquia, sí, y dicen que llegaba al corazón de París. Sí.

MATILDE.- Yo no sé, pero Ricardo desapareció sin saber cómo ni cuándo... Se fue reduciendo en tal forma que lo tomó una carpa para exhibir, en giras, la desobediencia a los mayores... *(Empieza a tocarse la cabeza vendada, como si le doliera.)*

INMACULADA.- *(Evocadora.)* La carpa de las hermanas Bermeo. Era deshonesto y poco cuidadoso. A mí me encantaba ese drama en el que aparecía una mujer desesperada buscando a su amante, en pleno campo de batalla. *(Se pone en pie para decir el parlamento de la obra de referencia, con todos los elementos de la actuación a la vieja escuela.)* "No hables más, ángel mío; yo te lo suplico; te cansas... Haré lo que desees. *(Se desplaza arrogante.)* Me consideraré demasiado feliz si, por un esfuerzo mío, puedo darte un momento de placer..."

MATILDE.- *(Muy sobria y mirando al vacío.)* Era... la voz... de Ricardo.

INMACULADA.- *(Retoma la acción anterior y dice con desenfado.)* Esa carpa funcionó mucho antes de que rompieran la calle para la zanja. *(Marca una buena jugada y aplaude su destreza. Transición rápida.)* Sobria, Colombina.

MATILDE.- (*Recordando con coraje.*) Ricardo dejó la carpa cuando todavía alcanzaba unos veinte centímetros de alto. Fue así que lo adquirí en tres mil pesos oro. ¡Ni un centavo menos!

INMACULADA.- (*Haciendo la consideración.*) La zanja dio lugar a que el pecado se soltara en una forma...

MATILDE.- (*Primero en el gozo.*) Era un pigmeo sediento, un gatito montés terriblemente impúdico y desdefioso. Cada vez más pequeñito, cada vez más filoso, Inmaculada. Pero otra vez se fue como por arte de magia. (*Desgarradora.*) ¡Yo tuve que quedar tres años a base de oxígeno!!

INMACULADA.- (*Añade concluyente.*) Hasta que vino la trepanación, pobre Mati. (*Transición.*) Juegue ésa, que la lleva rezagada.

MATILDE.- (*Con rabia.*) ¡Usted atienda su casa y deje la ajena! (*Transición.*) Hasta que vino la trepanación. (*Patética.*) ¡Remigio me arrancó de las garras de la muerte extirpándome ese obsesivo recuerdo de amor!!

INMACULADA.- (*Muy natural.*) Remigio es un gran cirujano, por eso Hada es tan excelente pirograbadora... (*Sugerente.*) Y... ¿Ricardo...?

MATILDE.- (*Evoca dulce y amargamente.*) ¿Ricardo...? Ese gato montés... el felino cusco tan pequeño que podía atravesar el ojo de una aguja...; el tumor cerebral que se fue por la zanja que abrieron en la iglesia, ¡ay...!

INMACULADA.- (*Suspirando.*) ¡Qué tiempos aquellos en que los veía llegar juntos al cine Lafragua! Yo tocaba el piano durante la función. Ahí lo conocí y lo supe ajeno...

MATILDE.- (*En plenitud se entrega al recuerdo.*) ¡Ricardo era el hijo de sheik! Cuando Valentino se apasionaba y recibía en su tienda de amor a la cautiva..., ¡usted tocaba *Siboney*, Inmaculada!

INMACULADA.- (*Mustiando la tonada.*) Yo te quiero, / yo me muerdo / por tu amor...

Pausa. Llaman las campanas de la iglesia.

INMACULADA.- (*Interrumpe bruscamente la acción.*) ¡Jesús! La primera. Me ausento, Mati, que es la hora de llegar al Zócalo...

MATILDE.- (*Sin ganas de seguir y despectiva.*) Termine usted el juego. (*Mueve su cabeza intermitentemente.*)

INMACULADA.- (*Trata de ser comprensiva.*) Mañana volveré, Matilde. Colombina se ha puesto inquieta y es la hora indicada para llegar al Zócalo. Hasta mañana. Por aquí vendré. (*Matilde se interpone violenta.*) No me detenga, por favor. (*Transición.*) Sobria, Colombina... (*Pausa.*)

MATILDE.- (*Después de concentrarse en su asco.*) ¡Usted y esa perra indecente...!! (*La deja ir para después hace mutis.*)

INMACULADA.- (*Saliendo de esa casa.*) Volveré, Matilde, volveré a pesar de todo. Quiero llegar sin culpa a las carnestolendas. Nunca he tomado en cuenta tus palabras de afrenta. Volveré... a pesar del ácido de la envidia que

corre por tus entrañas. No en balde mandaste matar a tu padre para quedarte con la huerta de aguacates, miserable...

Queda en áreas altas dando muestras de que trata de controlar el enojo que la situación anterior le ha causado. Música tenue para que entren Abelardo y Pomposa a sentarse en la banca del jardín.

IV. DEL ORDEN Y EL PROGRESO

POMPOSA.- (*Es demasiado gorda.*) Siéntate aquí, Abelardo, el polvo del recuerdo se acumula y ningún soplo helado lo mueve del corazón.

ABELARDO.- (*Es muy delgado y muy alto.*) Las clases del día cada vez me fatigan más. No sé qué haría yo viviendo en este pueblo moribundo, sin este jardín y el cristal de la luz de estos momentos.

POMPOSA.- Esta gente es de meseta. ¡Qué diferencia con la de la sierra! (*Describiéndolos.*) Tan amables y gentiles los unos contra los otros.

ABELARDO.- Fieles a sus instintos, solamente en la iglesia se soportan. Desprecian la fronda de estos árboles por un melindre de misericordia. Nosotros en cambio...

POMPOSA.- Si la gente no se sienta en las bancas del lado oriente es porque las urracas se lo prohíben con sus excrecencias. Luego te dejan el saco como hábito de albañil.

ABELARDO.- Los pájaros son los únicos que no saben lo que hacen en este pueblo de gente tan reacia para la buena vida, lo mismo que para la sepultura.

POMPOSA.- (*Tiernamente.*) Los pájaros y... nosotros, Abelardo.

ABELARDO.- (*Sombrio.*) Nosotros como... pájaros calcinados... como buitres...

POMPOSA.- Asimismo Inmaculada.

ABELARDO.- (*Rotundo.*) Está loca, por eso la quiero tanto.

POMPOSA.- Y ella a nosotros, no cabe duda. Dios la recoja. Dios se acuerde de ella.

INMACULADA.- (*Que ha estado escuchando, entra a la escena con marcada gracia.*) La locura está hueca, profesor, la locura es una palabra vacía, profesor. Yo no estoy loca. Yo estoy aquí con Colombina; también con Hada y con Matilde, a pesar de que ellas se empeñan en negarlo. Con usted, Pomposita. Es la forma de acercarme a Dios. (*Transición.*) Buenas tardes.

ABELARDO.- (*Ampuloso.*) No rebusné en tu presencia, Inmaculada. Buenas tardes.

POMPOSA.- (*Excusando a su marido.*) Abelardo, como sabe, gusta de disfrutar de la tarde y del recuerdo, quiso decir...

INMACULADA.- (*Directa y a la defensiva.*) Tu esposo es amable, Pomposa, yo lo sé. Pero aun cuando su memoria duerma el más profundo sueño de los justos, él sabe lo que eso significa.

ABELARDO.- (*Añorante.*) Desde su epitafio, celebro el recuerdo de mi juventud difunta.

POMPOSA.- (*A Inmaculada.*) ¿Lo dirá usted por sus métodos de enseñanza?

INMACULADA.- La escuela de ustedes es la única particular y bien fortalecida tiene la buena fama de severidad de que disfruta.

POMPOSA.- Bueno... a veces Abelardo se pasa... (*Inicia las muecas previas a una explosión sentimental.*)

ABELARDO.- (*Con resabios de deleite.*) Yo sé que lo único que hace llorar a la gente es la brutalidad que hiere...

INMACULADA.- (*Abre su paraguas y hace como que acaricia a su perra.*) Eso es muy relativo, Abelardo; el abandono hace llorar igualmente.

ABELARDO.- También el abandono es una forma de brutalidad, Inmaculada.

POMPOSA.- (*Rompiendo su contingencia y con fuertes gritos.*) ¡¡Si es así!! ¡¿por qué no mejor abandonamos a los muchachos en vez de golpearlos tanto?!

ABELARDO.- (*Sereno.*) Ellos lo necesitan.

INMACULADA.- (*Tratando de calmar a Pomposa, que llora amargamente.*) Los golpes de la vida dice la gente que son necesarios, pues hacen indiferentes a los infelices mortales. Pomposita, cálmate. (*Sigue con la sombrilla abierta y en la misma actitud.*) La gente para que aprenda tiene que sufrir... Dicen...

ABELARDO.- Sólo así pierde uno el miedo de vivir a merced de los elementos...

INMACULADA.- O sumándote a ellos, Abelardo.

POMPOSA.- (*Que sigue llorando.*) Ya sé que después de todo siempre tienes razón, pero también te excedes. (*Ahora desesperada.*) ¡¡No puedo permanecer indiferente al martirio que les has impuesto a nuestros hijos!!

ABELARDO.- (*Acostumbrado a estas escenas de su esposa.*) Cállate, Pomposa, no es el momento de recriminaciones. Estamos en la plaza pública... Tenemos la obligación del buen ejemplo.

POMPOSA.- ¡Te ejercitas con la vara sobre la espalda de tus hijos como si le sacaras filo a los cuchillos!

ABELARDO.- Las obras maestras de la piedra se han hecho a mazazos, Pomposa; cállate...

POMPOSA.- (*Ahogando su lirismo.*) ¡¡El aire se duele, silban de dolor las puertas, el vidrio de las ventanas se estrella y llora, Abelardo. No es justo!!

ABELARDO.- Tú los amamantaste.

POMPOSA.- ¡¡Criminal, criminalcito, un día llegará en que te juzguen y te condenen al infierno!!

ABELARDO.- (*Muy amargo.*) Un día llegará en que salga del infierno y los perdone a todos... (*Casi tierno con su esposa.*) Shhh... (*Pomposa empieza a tranquilizarse e Inmaculada cierra su paraguas.*)

INMACULADA.- (*Reanuda la conversación.*) Pues sí, profesor, como te decía: yo siempre me

basté a mí misma. Puedo decir que jamás necesité de nadie, para sentir los golpes de la vida.

ABELARDO.- Eres de las que sufrieron y aprendieron.

INMACULADA.- (*Concluyente.*) Nací, crecí, me desarrollé y fallecí en lo que canta un gallo.

ABELARDO.- Contigo fue así, pero la humanidad es otra cosa.

INMACULADA.- (*Curiosa.*) ¿Sí? ¿Qué cosa?

ABELARDO.- La humanidad es el mar apresado, el agua de un río que se detuvo en pleno viaje. (*Transición.*) ¡Yo no!

INMACULADA.- Ah...

ABELARDO.- Es el fuego apaciguador; la tierra con sus bocas anhelantes...

INMACULADA.- ¿Todo eso?

ABELARDO.- También es el viento que se agobia. ¡Yo no!

INMACULADA.- ¡Mira qué bien! Me gustaría conocer aunque fuera un pedazo de humildad.

POMPOSA.- (*Ya recuperada.*) Viera usted que tienen partes muy bonitas. Nosotros, cuando bajamos de la sierra...

ABELARDO.- ...cuando bajamos de la sierra para contemplar el sol y cristal de la luz de estos momentos.

POMPOSA.- (*Contesta con el recuerdo.*) Vinimos con nuestros hijos a fundar la escuela particular Gabino Barreda, en este valle de lágrimas franciscanas y agustinas. Y a conocerla a usted, Inmaculada.

INMACULADA.- (*Vuelve a abrir su paraguas.*) Gracias, Pomposita, ya sé que la escuela de ustedes es la única particular, y bien fortalecida tiene la fama de severidad, en este pueblo de lágrimas franciscanas y agustinas, como tú bien dices.

POMPOSA.- (*Volviendo a la escena anterior.*) Bueno, a veces Abelardo se propasa...

ABELARDO.- (*Tranquilizándola de nuevo.*) Shhh...

Pomposa se calma e Inmaculada cierra su paraguas. Pasa Inés con su hija Frambuesa, que cruzan rápidamente.

INMACULADA.- (*Con resabios.*) Adiós, Juana de Dios, ¿cómo sigues de tu bocio?

INÉS.- (*Sin detenerse.*) Perdóname, Inmaculada, pero la niña va al chis; ahoritita regreso.

POMPOSA.- (*Casi para sí.*) Adiosito, Juanita de Diosito...

ABELARDO.- (*Con desprecio.*) Ella es antigua... ¡Trotaconventos!

INMACULADA.- Ten la bondad, Abelardo, ¡qué afán el tuyo de murmurar a la salud de tus amigos! Ella hace lo que puede con su niña y es amiga mucho antes que yo lo conociera a ustedes. Por lo menos delante de mí respétele su ausencia.

ABELARDO.- (*Rotundo.*) El buen juez por su casa empieza. Yo puedo llegar ¡muy lejos!, en los terrenos de la energía con pedagogía. ¡Dos palabras!

POMPOSA.- (*Ligera y un poco frívola.*) Sin ir tan lejos...

INMACULADA.- Ve, no le hace.

POMPOSA.- No. Decía: hoy en la mañana sacó a toda la escuela particular Gabino Barreda y la puso en rueda, rueda, rueda de san Miguel a cada uno su gota de miel... en el patio. Le dijo a mi hijito Causto que se hincara...

INMACULADA.- (*Suspirando.*) Postrado de hinojos...

POMPOSA.- (*Sigue su narración.*) Sí... y acto seguido; inmediatamente, le aplacó el ánimo con una tanda de varas de membrillo que ¡Dios te libre, Inmaculada!

INMACULADA.- Las varas de membrillo son lindas. Ésta... ¿tenían ya flor o eran como las que siempre utiliza?

POMPOSA.- No, eran varas de membrillo completamente desnudas.

ABELARDO.- Como todas las cosas de verdadera utilidad.

POMPOSA.- ¡Veinticinco recriminaciones soportó el malvado muchacho sin chistar! Nada más se retorció.

INMACULADA.- Bueno, también lo estaba mirando toda la escuela a su alrededor.

POMPOSA.- No, y es que (*refiriéndose a su marido*), no agraviando, mis muchachos son, con perdón de la palabra: muy machitos.

INMACULADA.- ¡¡Jesús!!

ABELARDO.- (*Exaltándose.*) ¡¡Pues ya les he dicho que machos solo los cabros de la sierra, y lo cabro se los quito o a ver qué cabro les pasa!! (*Satisfecho de su exceso.*) Conmigo andan derechos...

INMACULADA.- (*Abre su paraguas.*) Sí, como profesor ya sé que eres muy estricto.

ABELARDO.- Tú has sido sinodal, Inmaculada, a ti te consta.

INMACULADA.- Desde el piano, Abelardo, desde el piano, nada más.

POMPOSA.- (*A Inmaculada.*) Pues ya le digo de mi esposo el profesor, tan "orden y progreso..."

ABELARDO.- (*Quiere concluir la escena.*) No aguanta más tus intercomunicaciones, Pomposa. ¡¡Cállate!!

POMPOSA.- (*Muy resignada.*) Todo apacible... ahora que mueras tendrás un busto y yo, si es posible, un portabustos, también.

ABELARDO.- (*Irónico.*) ¡Un busto! ¡Cómo no! ¿Quién está dispuesto en este pueblo mugre, carente de... orden y progreso... a reconocer mi esfuerzo educador? Aquí no le ponen monumento más que al aguacate padre.

INMACULADA.- Monumento o mausoleo. Muy cierto. No reconocen.

POMPOSA.- (*Cariñosa.*) Recuéstate en mi hombro. Abelito... así... Debes dejar las clases de

los párvulos. Crisosta o Magdalena podrían atenderlos. Los modos que profesan las favorecerían.

ABELARDO.- (*Entrando al sueño y recostado en el hombro de su esposa.*) California Fuerte Avocado Association... del aguacate padre. ¡Bah! (*Transición.*) Estoy muy fatigado.

POMPOSA.- Duér-me-te

INMACULADA.- (*En voz muy baja para respetar el sueño de Abelardo.*) Juana de Dios no volvió y es extraño. No ha de durar mucho en su eminencia. (*A sus amigos presentes.*) Y como ustedes ya van a empezar a hablar mal de ella completamente dormidos, yo me voy. (*Transición.*) Despidete de Pomposita, Colombina. (*Muy bajo al oído del profesor.*) Hasta mañana, profesor...

ABELARDO.- (*Casi dormido.*) Hasta mañana, Inmaculada.

POMPOSA.- (*Sin querer interrumpir el sueño de su esposo.*) Adiós...

Inmaculada sale del área con mucho tiento.

INMACULADA.- (*En voz baja.*) Cuidado, Colombina, no te quejes, que puedes despertar a Abelardo y a Pomposa. Nosotras no sabemos si ellos duermen o simplemente si los tomó ya la muerte. Una nunca sabe esas cosas. Una nunca conoce la medida precisa del silencio. Despertar a Abelardo en estos momentos es destruirle su felicidad. Por eso no te quejes y vámonos alejando con mucho cuidado. Despacio... que los niños de su escuela particular Gabino Barreda vendrán por ellos para llevarlos al lecho de flores que les han dispuesto. Las mamás de los niños inventarán una muy grande manifestación para que todo el pueblo acompañe a la familia en sus sentimientos de amor para Abelardo y Pomposa... y no faltará un niño viejo que se haya convertido en hombre, que llegue desde México ese día a colocarle una preseña oficial y a decirle el alto honor de haber tenido un padre celebrado en la hora de su sueño. ¡Director de la escuela particular Gabino Barreda!, a la que asisten todos estos niños que caminan llevando cirios y moños negros en el brazo. (*Pausa.*) Él tendrá que despertar un día... Tú también, Colombina, tendrás que despertar un día en que todos los niños se hayan vestido de blanco porque llegó la primavera. Vendrán Juana de Dios con su hija Frambuesa, Abelardo y Pomposa habrán despertado, Claustro y Claudia a pesar de ser tan pobres también vendrán. Consuelo y sus dos hijos tan queridos; Hada y Matilde no estarán cuando despiertes, Colombina, porque ellas son incapaces de entender el dolor ajeno, Colombina.

En otras áreas entra una mujer de apariencia amable y sencilla, introduciendo una máquina de coser. Es Consuelo, la amiga más querida de Inmaculada. En cuanto llega, coloca una silla junto a la máquina y se sienta a coser.

Inmaculada también toma otra silla y se sienta cerca de Consuelo.

El ruido de la máquina cosiendo debe quedar al fondo.

V. EL TRONO DE LA GENEROSIDAD

INMACULADA.- Consuelo, ¡qué trabajo me ha costado vivir toda la tarde... *(Inicia su relato.)* Saludé a Remigio y a Hada, que venían a descansar un poco de su botica; me di al juego de damas chinas con Matilde y sus tormentas y platiqué con Abelardo y Pomposa, que se quedaron dormidos en el Zócalo como es su costumbre. *(Transición muy afectuosa.)* Ahora vengo con usted, Consuelo; mi más querida amiga, estación que siempre espero con verdadera impaciencia –usted desde su máquina como desde el trono de la generosidad-. Cosa, cosa usted, Consuelo, y deje que le comunique mis inconveniencias y mis preocupaciones. *(Una niña de ocho años sale a ofrecerle un dulce de una charola.)* Gracias, Virgen, gracias, niña fea. Péiname mientras platico con tu mamá. *(La niña va a salir para regresar luego con el peine grande de carey y una escudilla con agua y aceite de linaza. A la niña.)* ¿Dónde está tu hermano?

NIÑA.- *(Con naturalidad.)* Está estrellando los platos en el piso.

Sale para volver en un momento a peinar a Inmaculada y permanecerá así durante toda la escena.

INMACULADA.- Dile que se deje de hacer esos estropicios y que me venga a retratar. *(Cambia para seguir hablando con Consuelo. La niña empezará a peinarla alisándole el pelo con mucha parsimonia. Su hermano –un niño de seis o siete años- ha llegado trayendo tres palos de escoba, los que a manera de tripié y con una capita blanca que le servirá para cubrirse, dejarán la impresión de estar jugando al fotógrafo que toma a Inmaculada desde diferentes ángulos.) (Inmaculada sigue diciéndole a Consuelo.)* Gracias a Dios que encontré esta pareja de desamparados que son tan buenos cuidadores, Consuelo, como los deja uno, así se quedan. Puedo salir con libertad, pues la pobre de Colombina no se acostumbra a rascar en el mosaico y ya se aclimató a la banqueta del Zócalo para cumplir sus necesidades. Viera usted qué placeres encuentra con las urracas que hacen estación en las adelfas: si parecen gentes cómo se entienden, más todavía, mejor que una propia gente que se dice ser. *(Repentina y muy brusca transición para iniciar un ritmo precipitado que permanecerá durante todo el parlamento, casi ahogado por la ira y el desprecio.)* ¡Yo no le profeso ningún resentimiento a Hada, pero cuando le pregunté cómo veía a Colombina, ella me contestó con esa voz de ácido chillón que usa

cuando quiere predisponerse con sus semejantes *(arremeda cruelmente a Hada)* “Es que simplemente no la veo...”

El final de esta frase va subrayado con agudos trémolos de violines, que serán puente para que entre una grabación con ruidos amorfos acompañados en su velocidad por la carrera de la máquina de coser de Consuelo, mientras Inmaculada gesticula muy exageradamente. Al cabo de un tiempo determinado, baja la grabación para escuchar a la mujer, que sigue hablando:

INMACULADA.- ... Remigio, estoy segura, le tuvo que llamar la atención por haberme faltado en esa forma. ¡No soy huérfana, Consuelo!, y Colombina mucho menos. Si no le contesté lo que se merecía es por la consideración que le guardo a su marido el doctor, que alguna vez fue al lecho de dolor de Colombina; y ¡tal doctor que será!, que en llegando el indio con que le duele un dedo, se lo corta sin siquiera prevenirlo. ¡Cortar!, ¡cortar!, ¡cortar!, es lo único afán de esos dos seres... Desventura la suya... no es justo, por lo tanto, que su mujer me ofenda en esos términos; sobre todo a mí, que más de una vez he puesto mi cara de palo por tapar sus miserias. ¿No los multaron un día por sacar a los monstruos de sus hijos de los vitrioleros que tenían sobre el piano *(marcando ridículamente la palabra)* pirograbado; para vestirlos de mariposones nocturnales como mujeres de la mala vida? ¡Indecorosos! ¡Sucios! Revolcándose los unos contra los otros en un cuarto redondo y en la peor porquería: como perros y peor, pues siquiera los perros se sujetan a una época del año y lo manifiestan con delicadeza, pero éstos no; pues las malas herencias se transmiten y las traen desde el bisabuelo, que era un degenerado.... Como la infeliz nieta que se atreve a echarme a la cara *(repite el escarnio)*: “Es que simplemente no la veo...” *(Se repiten los ruidos anteriores.)* ... Pues usted conoce a Hada y a Matilde tanto como yo y sabe bien cómo se las gastan sus familias de desnaturalizados. Su hermana Delfina: ¡una víbora!, y su hermano el de la huerta de aguacates podridos, ¿qué hizo con la llave labrada en oro con turquesas rojas que les escupieron los americanos de la California Fuerte Avocado Association ¡o como se diga...! ¡No tengo la obligación de conocer otro idioma que el que me heredó mi madre! ¿Qué hizo con la llave labrada en oro con turquesas rojas que le escupieron los americanos? Irse a cortar las venas en un vagón chiquero de ferrocarril, ¡qué poca dignidad! ¡Tres veces! ¡Huerta envenenada, huerta envenenada! ¡Por la mala sangre! ¡Por la mala sangre! ¡Por la mala sangre!! ¡de padres a hijos!, ¡de hijos a padres!! ¡¡Bastardos!! la desintegración, y por si no fuera suficiente, se queda maldita con su tumor a cuestas por matar a su padre y quedarse con la huerta de aguacates podridos. ¡No lo sabré yo! ¿Y

CLAUDIA.- *(Recogiendo la alusión.)* Eso sí, como es este caso mío.

INMACULADA.- *(Con sorna.)* Usted es otra cosa. *(Transición.)* Claustro y Claudia para cuidar la casa de Inmaculada y de Colombina, que nunca están solas porque están con sus muertos.

CLAUSTRO.- ¡Gusanos... gusanos...! ¡Corazón santo, tú reinarás!

CLAUDIA.- ¡Gusanos... gusanos! ¡Tú nuestro encanto siempre serás!

CLAUSTRO.- Quiero... quero pfuta...

INMACULADA.- *(Resolviendo la acción.)* Adiós, Claudia. Adiós, Claustro. Hasta mañana a las cinco en punto, por favor.

Los dos viejos cambian de carácter, ahora se incorporan y hablan con voz natural.

CLAUDIA.- Sí, hasta mañana, señorita Inmaculada, a las cinco en punto para cuidarle su casa. Usted en cambio nos dejará sentarnos en su balcón para mirar a la gente que pasa. Claustro y Claudia en el balcón florido de Inmaculada, sin preguntar nada, sin responder nada, sin asomarnos al ropero del sol y la luna, donde la señorita Inmaculada guarda lo mismo sus recuerdos que su porvenir. Dios la haga santa. Gracias, gracias, Inmaculada María, tu balcón es nuestra ventana al mundo desde donde deseamos caer algún día... para siempre... ¿Verdad Claustro?

CLAUSTRO.- Amén.

Vuelven a ser viejos.

CLAUDIA.- *(Inicia el mutis.)* Pues Inmaculada nunca está sola porque está con sus muertos, Claustro...

CLAUSTRO.- Gusanos, gusanos...

CLAUDIA.- No, no, sus muertos... sus muertos... Déjala...

(*Exaltada.*) ¡No cantes nunca, estúpida! ¡Imbécil!
¡Visión!! (*Brusca transición.*) ¿Quién es...?

VOZ EXTERIOR.- (*Grave.*) ¡Adivina, adivinador!,
¿cuántos rayos tiene el sol?

INMACULADA.- (*Siguiendo el juego.*)
¡Cincuenta! ¡Sin cuenta! Número par, número par.
(*Entra Matilde con su cabeza vendada ahora con
mucha exageración.*) Caminata, ¿cómo estás,
linda?

MATILDE.- Inmaculada, quise venir a tu fiesta a
pesar de que desde el fondo de mí estoy llorando.

INMACULADA.- (*Dispuesta a perdonarla.*) ¿No
me quisiste hacer un desaire, verdad?

MATILDE.- Mi corazón, ¡ay!, no puede cargar
más esta carroña...

INMACULADA.- (*Consolándola.*) Lloro, eso es
bueno, Matilde, llora mucho. Tú te mandaste hacer
tu trepanación pero también mandaste matar a tu
padre y eso tendrá que lastimarte hasta la muerte.
Aunque el motivo...

MATILDE.- Mi madre murió antes de que yo
naciera Inmaculada. Ella fue la que me dio la
orden.

INMACULADA.- ¿Y qué? No todas las órdenes
maternas se tienen que cumplir. Además eso no te
da derecho a ser grosera con tus semejantes y tú
ofendiste a Colombina.

MATILDE.- Mi corazón, ¡ay!, no puede cargar
esta carroña.

INMACULADA.- Siéntate, siéntate, estás en tu
casa; todos somos tus amigos y te queremos
mucho. Tú lo sabes muy bien. Olvídate de todo,
que yo por mi parte no volveré a hacer mención.
(*Hablándole a Inés.*) A ver, Crisosta, dele un poco
de rompopo aquí a Matita.

INÉS.- Voy a dormir a la niña un rato para poder
ayudarla, ahorita no puedo...

INMACULADA.- Entonces tómate estas
cucharadas: (*Le da una botella cercana.*) Lote
siete, número treintaicinco B. Tercera clase, Santa
Sanctórum. Anda, toma por favor. (*Repara en la
presencia de Hada y de Remigio, que acaban de
llegar. Hada lleva un objeto con la silueta de
cuatro niños.*) ¡Cómo! ¿A qué hora llegaron? No
los sentí entrar. ¿Y los niños? (*Los mira
encantada y los acaricia.*) Mis pequeños...

VIII. LOS HOMBRES DE LA CASA

HADA.- (*Siempre meliflua.*) No podíamos dejarlos
a estas horas.

REMIGIO.- Luego nos mandan llamar a media
fiesta porque se les precipita el miedo.

HADA.- (*Declamando con deleite.*) El miedo
como torrente implacable sobre sus cabecitas
tiernas, Mis pequeños...

MATILDE.- (*Sombria.*) ¿Y los del vitriolero sobre
el piano, por qué nunca los sacan a sus fechorías?

INMACULADA.- (*Interviene oportuna.*) Matilde,
por favor...

REMIGIO.- Ésos se quedan a cuidar la casa.

INÉS.- Ésos son los hombres de la casa ¡ay!

HADA.- (*Siempre lírica.*) Es que el olor a formol.

Irrumpe Abelardo con Pomposa.

ABELARDO.- Remigio, si alguna vez te atreves
a sacar a los hijos que con tanto cariño
embotellaste, te juro que me lo comulgo de
botana.

REMIGIO.- Ja, ja, como en los buenos tiempos
del café París, ja, ja...

ABELARDO.- Ja, ja, el tiempo de los pavorosos
del café París, precisamente. No negaré jamás la
cruz de mi parroquia. A ti te consta. Ja, ja...

REMIGIO.- ¡Que si a mí me consta! ¿Quieres
decirme quién los rescató del hospital Juárez
cuando la capital era otra cosa?

INÉS.- ¡San Pablo y Jesús María!

INMACULADA.- (*Corta la conversación.*) ¡Basta!
¡Qué cosas más horribles se les vienen encima! (*A
Hada, que ha estado sufriendo mucho.*)
Tranquilízate, Hada, que no va a pasar nada. Son
unos picardientos.

HADA.- (*Ente lágrimas.*) No sabes, Inmaculada,
el esfuerzo tan horrible que he tenido que hacer
para que respeten a esas criaturas. Dios me las
dio...

INMACULADA.- Muy bien, muy bien, no pasó
nada, y por favor, mujeres, nada de llanto. ¡Ni una
lágrima más! Se trata de estar contentos como en
todas las noches que vienen a esta casa. A-le-
gría. Si el pueblo no la tiene o simplemente no
está dispuesto a compartirla con nosotros, aquí
está esta alma generosa que quiere
proporcionársela a sus semejantes. Así es que
risas, risas, risas. (*Se pone a dar giros y a cantar
graciosa.*)

Besos y risas te doy
linda mujer
besos y risas te doy
con mi querer
besos a ti
querer a mí
besos y risas te doy
linda mujer.

*Todos quedan inmóviles y terriblemente tristes.
Sólo Inmaculada sigue tarareando y dando vueltas
cada vez más lentas, entre risas que se irán
apagando hasta resolverse en rictus de angustia y
desolación. Completo silencio; ahora los
personajes son una fotografía desvaída por el
tiempo. Inmaculada los observa y dice:*

IX. EL CONCIERTO DEL LLANTO Y DEL SILENCIO O EL CORAJE DE DIOS

INMACULADA.- ...linda mujer... Ya no falta
nadie... Creo yo. Por lo menos los que esperaba
han llegado... y están aquí, conmigo. Con
nosotras, Colombina... ¿los ves? No estamos
solas porque ellos están con nosotras siempre,

siempre. Ven a que les indique el rastro de la felicidad; quieren oír sus pasos, escuchar sus voces tan lejanas... ¡Oh, almas, seres sensibles, terribles, tiernos, desamparados...!, abandonaron los cinco sentidos para venir a mí y aquí están ahora para no preguntarme jamás qué es la verdad. Seres que habitan, que hablan, que caminan, que sienten tanto, tanto, tanto... Existe algo más allá de todos nosotros: la fuerza poderosa que nos reúne y nos aísla para hacernos presentes sus voces; el concierto del llanto y del silencio, el coraje de Dios... sh, sh, sh... Porque me ha sido dada la virtud de asomarme al universo y contemplar las almas para sentarlas a mi mesa. El universo y sus astros, el sol, la luna, la tierra, el fuego y el viento. Ustedes y yo. (*Pausa breve y luego en tono grave.*) Colombina en perpetuo estado de vigilia y de espera. (*Pausa.*) ¿Está lista la mesa? (*Los personajes recobran su carácter y su movilidad.*) Pero ¡¿qué digo?! Se me ocurre que esta cena se la dediquemos al niño que le sacó un retrato a Colombina. ¡Muy bien! ¡Claro! ¡Estupenda ocasión! ¡Velada literario musical! ¡Perfecto!

INÉS.- Yo desde el regazo del Señor me encuentro bien instalada.

POMPOSA.- (*Con picardía.*) Presumida, usted conoce de regazos viriles lo que yo de alcantarillas.

INMACULADA.- Todos reunidos, pónganse en pie para recibirlo. Recuerden que es el más importante de esta brillante ceremonia. (*Lo hacen.*) Gracias. (*Hacia fuera.*) Esperamos, majestad...

Entra el niño vestido de rey; en su mano derecha lleva una palma y de su cuello parte una larga cauda de tela roja brillante. Corona, sobrepelliz de armiño, pantalón corto de brocado, medias y zapatos de charol con hebillas doradas. Siempre tendrá una expresión de azoro y desconcierto.

INÉS.- (*En pleno asombro.*) ¡Ah, igual que Jorge Quinto! ¡Jorge Quinto!

POMPOSA.- ¡Qué gracia! ¡Qué gracia!

INÉS.- ¡Fíjese en el armiño de la capa!

POMPOSA.- ¡Y las sandalias! ¡Las sandalias! ¡Con hebillas de oro!

FAMBUESA.- ¡Uh, la cola! ¡Qué larguísima! ¡Hasta envolver al mundo!

HADA.- ¡Niño, niño, niño de la azucena!

INÉS.- Este niño lindo que nació de noche...

REMIGIO.- *Un itinéraire sans défaut...*

▲ ABELARDO.- ¡...es la piedra filosofal!
INMACULADA.- ¡Es un dragón de bondad que secuestra los pecados!

POMPOSA.- Alabemos y demos gracias en cada instante y momento...

INÉS.- Al Santísimo y Divinísimo Sacramento...

FRAMBUESA.- (*Se para frente a él para recitarle.*)

Oh, niño benito
acércate a mí;
Lucero que cruzas
brilla para mí.
Corona de estrellas
tus ojos abrí
y en tus manos agua
de rosas bebí.

REMIGIO.- La inteligencia se recrea en el espectáculo de la ley que preside las relaciones humanas.

ABELARDO.- (*Solemne.*) Dichosa la ciudad cuyo príncipe es un niño.

REMIGIO.- Dice la palabra de Dios: el niño tiene en sí el sentimiento perfecto del orden.

ABELARDO.- Del orden y del progreso, como en la preparatoria.

INMACULADA.- (*Interviene para concluir la recepción tan solemne.*) Gracias, gracias a todos mis iluminados aquí presentes, por la recepción que le han tributado a nuestro emperador. Todos han estado muy brillantes.

REMIGIO.- (*Perfectamente culterano.*) *Ut in intellectus describatur...*

ABELARDO.- (*Lo interrumpe.*) Por favor, *Juan Manuel*, no te excedas, es muy cabrón de tu parte...

POMPOSA.- ¿Qué vamos a cenar?

INÉS.- (*A su hija.*) Niña bariña, cara de piña.

MATILDE.- (*Suplicante.*) Inmaculada, quisiera sentir el dolor ajeno siquiera por afinidad.

HADA.- (*Frívola.*) A mí, mis hijos me tienen muy ocupada.

INMACULADA.- Con-cen-tra-ción, por favor. Colombina y yo preparamos el menú.

INÉS.- Yo nada más quiero tantita jalea real, me habrán de dispensar.

INMACULADA.- Ahorita, cómo no. (*Transición para seguir con lo anterior.*) Ideamos, o mejor dicho: intuimos, un menú que a todos deberá dejar satisfechos.

ABELARDO.- Por lo menos una vez dentro del año o si antes espera el peligro de muerte. Amén.

POMPOSA.- ¿Cuánto comiste la última vez, Abelardo? No me pongas en pena. ¿O qué no viniste anoche?

ABELARDO.- Sí vine anoche, pero ¿comí, comí, comí...?

INMACULADA.- Y mientras yo sirva ustedes deberán estar conscientes de sus actos.

MATILDE.- Inmaculada, ¿puedo tener a Colombina en mi regazo?

REMIGIO.- ¿En tu regazo o en tu rezago, Caminata? Ja, ja, ja...

MATILDE.- ¡Desgraciado!

INMACULADA.- (*Refiriéndose a la pregunta de Matilde.*) Con todo gusto, Matita, con tal que no la molestes.

Matilde hace que toma del suelo a Colombina con todo cuidado, mientras los demás la observan subrayando la acción. Sale Inmaculada a traer "su

Con formato: Francés
(Francia)

cubierto", ya que ella solamente se pondrá a la mesa a comer.

X. EL PALIACATE ROJO

MATILDE.- (*Acaricia a Colombina y pasa de ser una mujer hosca a otra amable y dulcemente descriptiva.*) Cuando llegué a este pueblo, los habitantes acostumbraban dar vueltas al Zócalo, alrededor de la fuente: la gente decente por la cinta de mosaicos y los demás, más afuera y abajo, por el empedrado...

ABELARDO.- Como mulas de noria unos y otros.

MATILDE.- (*Muy delicadamente.*) Hable usted con recato, por favor.

REMIGIO.- La pido lo disculpe, señorita Matilde.

ABELARDO.- Doctor, recoja sus excusas. Acepto mi violencia (*a Matilde*) y le ruego a usted que la entienda, señorita...

MATILDE.- La entiendo, profesor. (*Transición. Ahora es dichosa con el recuerdo.*) Mi padre... fue notable y respetado. El Cristo Chico, Tenextepec, La Alfonsina..., con sus campos tan extensos, que en ella la sombra gigantesca de Colombina podía explayarse hasta confundirse con las nubes.

ABELARDO.- Su padre, señorita, fue hombre arrogante: soberbio con los soberbios y humilde con los humildes, como dice la Biblia.

MATILDE.- (*Casi lo musita.*) Sí, con el favor de Dios en su mano derecha...

INÉS.- Yo lo conocí difunto mucho antes que lo enterraran. Y cuando lo sacaron de la fosa para pasarlo a la iglesia de perpetuidad, se conservaba tan entero como en vida. Pero apenas le dijo el aire se volatizó (*a su hija*), o ¿cómo se dice?

FRAMBUESA.- Que en paz descanse.

ABELARDO.- Su padre, señorita, fue hombre de integridad a prueba. Una de esas raras fortunas del Valle que no tenía detrás cola que se le pisara.

MATILDE.- (*Con increíble humildad.*) En casa de ustedes...

HADA.- También suya, profesor.

ABELARDO.- Gracias.

FRAMBUESA.- ¡A Dios le den!

REMIGIO.- Decía: Esa casa de ustedes, sita en las tres poniente, ¡qué casa!, damas y caballeros, ¡qué casa caserón!

MATILDE.- (*Con añoranza.*) La casa del aguacate padre, que trasladó mi hermano a California.

ABELARDO.- Padre de la California Fuerte Avocado Association ni más ni menos...

REMIGIO.- Decía: Esa casa de ustedes, sita en las tres poniente, ¡qué casa!, damas y caballeros, ¡qué casa caserón! Venida a menos, venida abajo, ¿qué pasó?

MATILDE.- (*Con grande inquietud y angustia.*) ¡¡Sí!! ¡¡Sí!! ¿qué pasó? ¿Ustedes lo saben? ¡Niño, tú ilumina esta pregunta!

POMPOSA.- De veras, ¿qué pasaría con tanta fama?

MATILDE.- (*Desesperada.*) ¡¿Por qué mi hermano se cortó las venas más de tres veces, señor, niño, profesor...?!

INÉS.- Y siempre en el tren. ¡Qué cosa!

HADA.- ¡Vaya! ¿Y con el tren caminando?

POMPOSA.- En el tren de Los Molinos. Siempre.

HADA.- ¡Vaya!

Entra Inmaculada, que viene comiendo. Va con Matilde.

INMACULADA.- Matilde, estás sobreexcitada y molestas a Colombina: tú me prometiste...

MATILDE.- (*Hace un esfuerzo para sobreponerse a su dolor.*) Está bien... la dejaré... (*Se cubre la cara dramáticamente.*)

FRAMBUESA.- (*A Inmaculada, pidiéndole a Colombina.*) Empréstemela un ratito, por favor.

INMACULADA.- (*Le da la perra a Frambuesa y queda con Matilde.*) Muestra la cara, Matilde, y véndate la cabeza. Mañana pasaremos Colombina y yo a jugar damas chinas contigo: ahora no importunes más con tus afanes, pues a nadie le importa un comino. Cultiva tus recuerdos, pequeñita, y reconoce a las sombras por un mechón de pelo que conserves, por una joya, por un pañuelo. (*Transición.*) ¿Conservas un pañuelo de tu padre?

MATILDE.- El paliacate rojo con que abanderó mi bastardía.

INMACULADA.- ¿Ves? Ahí está. Con ése tienes. El paliacate te dirá donde se encuentra, qué hace, desde cuándo y a qué hora te espera para que te reúnas con él. Conoces sus costumbres. ¿Quién si no tú?

INÉS.- Gracias, Inmaculada, Dios habrá de pagarte todo lo que haces por su felicidad.

INMACULADA.- Dejen, no es nada. Tómense estas copitas. (*No les da nada.*)

Frambuesa, la niña tardía, empieza a dar saltos y a levantarse el vestido frente al niño.

XI. MI MADRE QUISO DETENER EL TIEMPO

FRAMBUESA.- ¡Ay, ay! ¡Colombina ya empezó con sus juegos horribles! ¡Miren cómo me levanta el vestido frente al niño! ¡No! ¡No, Colombina, no estate tranquila! ¡Deja en paz mi rosita, mi margarita, mi alhelí: no los deshojes, que soy mata de anís esparciendo su aroma! ¡Que soy rama de albahaca que mi madre puso en maceta para adornar corredores y ventanas! ¡No, Colombina, quítame tu lengua de ahí! ¡Niño, niño, ay, qué pena, voltéate para allá y no mires estas cosas! ¡Ay, doña Pomposa, doña Pompis, mis pompis, mis pompitas!

INÉS.- (*Desesperada y suplicante.*) ¡Inmaculada, por favor, ¡¡mi niña!!

ABELARDO.- ¡Orden y progreso, como en la preparatoria!

INMACULADA.- (*Encantada con la travesura de Colombina.*) Je, je... aquí, Colombina...

Frambuesa se tiende en el sofá presa de un desvanecimiento y las mujeres la atienden.

REMIGIO.- (*Libidinoso.*)

Colombina se pasea
de la sala a la cocina
con vestido transparente
que su cuerpo le ilumina.

HADA.- (*A Inmaculada.*) Comadrita. ¿dónde tiene usted un contacto para enchufar mi aparatito?

INMACULADA.- No, Hada, por favor; aquí no quiero que pirogrables nada.

HADA.- Sólo a mis pequeñines un poquito... Con esta agitación se han inquietado y necesito pirograrles rizos, castañas, alguna mueca de tranquilidad...

INMACULADA.- (*Accediendo.*) Ahí. Atrás del sillón.

REMIGIO.- (*Asomándose al grupo de mujeres que están con Frambuesa.*) Es el hombre quien promete, no el gorila.

INÉS.- (*Reanimando a Frambuesa.*) ¡Hija, hija...hijita, ¿te sientes mejor? Ya pasaron los primeros cuidados, bebida.

Frambuesa se incorpora fuera de su carácter y va por el niño, lo toma de la mano y parados ambos frente al público, dice:

FRAMBUESA.- (*Muy sobria.*) Mi madre quiso detener el tiempo la única noche de vida que ha tenido. La noche en que quedó suspenso el sueño que nutre nuestro libro de horas. Pues mi madre soñó que el castillo de su amor se incendiaba, y el incendio empezó por la amplia alcoba llena de muebles y brocados que mi madre siempre anheló desde su infancia. Sus vestidos y sus joyas fueron lo primero que ardió, y la imagen de un hombre internándose por un espejo para rescatarla, es lo único que recuerda. Mi madre en ese sueño dice haber redimido su pecado venial. Después, y sin que conociera de hombre alguno, me dio a luz, y para tenerme niña me viste de organdí, medias altas de popotillo y modelos en que el frunciletón sea inevitable. Todo ello lo adquiere, con grandes sacrificios, en el almacén El Eclipse de la avenida Independencia. Ella y yo es lo único que tenemos. Gracias.

La madre viene hacia ella:

INÉS.- Mi niña, sí, mi tesoro. (*Ahora integrando una composición con su hija y el niño, le dice al público en tono natural y fuera de su carácter.*) Sí, mi hija tiene razón. Ese sueño fue a raíz del tan infortunado sucedido: Por cumplir una promesa a la Virgen de la Natividad, me vestí con su hábito seis meses, y yendo por el tercero, aconteció que

caminando por el portal Hidalgo, vi venir al señor obispo de Puebla entre un pelotón de soldados al mando del mayor Sarmiento rumbo de la comisaría. Eran unos malhadados días en que a este pueblo le dio por renegar de Dios... marzo del 98, si mal no recuerdo. Vi al señor obispo muy humilde entre las bayonetas y me apresuré a llegar al zaguán del doctor Mijares, frente del cine Lafragua donde toca Inmaculada, a despojarme con toda rapidez de hábito de la promesa. Y así, en fondo solamente, sin fijarme absolutamente en nada, corrí hacia la estación despavorida. Eran las primeras horas de la tarde y de pronto se volvió de noche. El sol, por respeto y consideración a mí, se escondió. Pensé refugiarme en las ruinas de Nejatengo pero no puede llegar, y fatigada, anhelante, me quedé recostada en la hierba crecida de la Y griega. (*Pausa.*) A partir de ese momento el sueño del incendio me persigue. Mas mi hija lo acalla, lo amaina y cuida los rescoldos del recuerdo, sin que pase un minuto más de aquella noche maravillosa. Y es que mi hija, como Inmaculada, es una niña blanca.

Las dos mujeres vuelven a sus personajes iniciales.

FRAMBUESA.- Mamá, quiero que este niño me oiga cómo me palpita el corazón, dentro de mis pechitos como dos palomitas.

POMPOSA.- (*Insidiosa.*) No es palpito que es repique...

HADA.- (*Apartándose de su pirograbación.*) ¿Repique?

INMACULADA.- (*Con sorna.*) Sí, de las campanas del olvido... ja, ja, ja...

INÉS.- A Dios y a usted se le den.

XII. TORMENTOS, HUECOS, DESEOS, HUECOS, LIBRAS ROTAS, HUECOS

ABELARDO.- ¡Inmaculada, toca el piano para que se paralice un momento la gente de este pueblo envilecido!

INMACULADA.- Ay, Abelardo, por favor, si no estoy en el cine ni mucho menos hora es de trabajar.

ABELARDO.- Por favor, que quiero dedicarles una canción a todas las damas aquí presentes, cantándosela a mi esposa Pomposa.

MATILDE.- (*Que da señales de vida.*) Una canción que nos aleje de la muerte...

REMIGIO.- Yo a la muerte no le temo, ya que nos quita de pena.

INMACULADA.- Una canción como cuna de mejores ilusiones, para Colombina.

ABELARDO.- (*Incesantemente.*) Tormentos, huecos, deseos, huecos, liras rotas, huecos...

FAMBRUESA.- Mamá, tú eres un hueco entre mis palomitas.

POMPOSA.- Ente tus palomitas, no, mi hijita, entre tus dos piernitas...

Todos ríen e Inmaculada se sienta al piano. Entra Dionisio Plateado con un violín:

INMACULADA.- *Plateadito*, por favor.

DIONISIO.- (*Al público.*) Yo soy Dionisio Plateado, en un tiempo juez de letras y ahora ejecutante lírico del violín, acompañando a la señorita Inmaculada en sus fondos musicales del cine Lafragua. Espero que mi alternancia al lado de tan distinguidos personajes, como la señorita y el señor profesor, no desmerezca en la exhibición de sus afanes. (*Transición.*) Pido a ustedes permiso.

REMIGIO.- Mejor pídanos perdón.

INMACULADA.- (*Encantada con la atención del violinista.*) Muy amable, Nicho. (*Al profesor.*) ¿Listo, Abel? Vamos.

Se inician los acordes de Divina Mujer y los personajes van tomando posiciones que darían como resultado una estampa de marcado estilo romántico. En este ambiente, Abelardo cantará con voz fresca y sincera. El niño baja de su trono y camina despacio entre figuras estáticas y cordiales. Abelardo y Pomposa dirán el diálogo siguiente teniendo como fondo la melodía distorsionada.

ABELARDO.- Pomposa, detrás de nuestro amor hay una calle larga.

POMPOSA.- Tengo a Colombina trepada en mi cabeza, Abelardo, ¿ves qué hermosa es?

ABELARDO.- Te veo a ti cubierta de ángeles como el primer día.

POMPOSA.- ¿Quién eres? ¿Qué buscas en mi puerta, oh, amado?

ABELARDO.- La razón de mí. Algo que me hable o que me indique lo que hay que esperar de la existencia. Una señal.

POMPOSA.- ¿Sabes que contigo junto siento igual la elevación de mi alma que mi propio derrumbe...? ¿Por qué?

ABELARDO.- Porque nos une la misericordia.

INMACULADA.- O el deseo de estar lejos el uno del otro.

POMPOSA.- No hay memoria. Abelardo, no existe la memoria. Eso me parece maravilloso. ¿A ti no?

ABELARDO.- Lo que no existe es el recuerdo, Pomposa.

POMPOSA.- Pero en mi cabeza está la primera vez que te vi; está la primera noche de amor contigo; nuestra llegada a este valle de lágrimas...

ABELARDO.- Sí, Pomposa, todo eso tiene que estar, pero no están tus hijos.

POMPOSA.- Están también las estaciones con sus trenes llegando, partiendo; las mujeres ofreciendo limas, y la vía interminable, las montañas. También está el mar... que no conozco... Todo ello en el aposento del recuerdo...

INMACULADA.- ¿Y los niños? ¿En dónde están los niños?

POMPOSA.- No, ellos no están. No viajan con nosotros. Prefieren quedarse inmóviles para que tú los masacres.

ABELARDO.- Mi amor por ti es infinito.

POMPOSA.- Eres profesor, debes poner el ejemplo. No es malo que los golpees...

ABELARDO.- Y en medio de la noche, cuando te busco, amada, y no te encuentro...

POMPOSA.- Entonces el grito y la desolación de nuestros niños tratando de ser hombres.

ABELARDO.- (*Con ternura.*) No es malo que les pegues... Los adoro tanto como a ti.

POMPOSA.- Son tuyos.

HADA.- Y de Dios.

ABELARDO.- Y del orden... del progreso... del río permanente que nos mece en su lecho.

POMPOSA.- Recuéstate en mi regazo, estás fatigado. Éste ha sido un día particularmente pesado.

ABELARDO.- (*Tras de pausa.*) Pomposa, ¿hasta cuándo dejará de ser la ley de Dios para los hombres?

POMPOSA.- Recuéstate, te digo, estás fatigado.

INÉS.- ...los hombres...

FRAMBUESA.- ¿Qué de los hombres, mamá?

POMPOSA.- (*Muy brillante.*) ¡Colombina vuelat! ¡Tiene alas esa perrita deliciosa del diablo! Si me dejaras tener una en casa...

ABELARDO.- (*Angustiado.*) ¿Se volvió pájaro?

POMPOSA.- (*Casi en el delirio.*) Sí, se volvió pájaro y los niños la quieren atrapar.

ABELARDO.- (*Enfurecido.*) ¡¡Tendré que golpearlos!! ¡¡Miserables!!

INMACULADA.- (*Deja de tocar.*) ¡¡Usted toca a Colomina y yo lo mato!!

ABELARDO.- (*Recupera la calma.*) Es una perra radiante.

REMIGIO.- ¡Y tú un histérico irrefrenable!

INMACULADA.- ¡Miserable preceptor! (*Vuelve al piano a concluir la melodía y Abelardo termina de cantar.*)

ABELARDO.- ... Y yo te cantaré

Como una oración

tu nombre diré

tú, divina mujer...

Sale Dionisio Plateado después de una reverencia característica.

INMACULADA.- (*Feliz ante la concordia que observa.*) ¿Ven? Todos en paz ahora. En una forma o en otra somos de la misma familia.

INÉS.- Consecuencia divina, Inmaculada, eso somos. (*Al profesor.*) Qué bonito canta usted, don Abelardo.

XIII. HASTA LA PROPIA ESCENA DEL MAL

REMIGIO.- Abelardo, yo estoy seguro de que en laguna parte, en algún punto de la ancho mundo,

hay una persona que piensa y que siente como tu servidor.

ABELARDO.- ¿Y qué?

INMACULADA.- (*Suspirando y entonada.*) Uh... si yo encontrara un alma como la mía...

REMIGIO.- Porque estoy seguro de eso ejerzo mi profesión con particular deleite... y empeño.

ABELARDO.- Yo también. Tú salvas a tu parte de humanidad de sus dolencias y yo de sus violencias.

REMIGIO.- Simplemente extirpo carcomas. ¡Corto, disecto, me interno, voy hasta lo más profundo; hasta la propia esencia del mal! ¡Y cuando doy con ella...!

HADA.- Llama al fotógrafo para que le tome una instantánea...

REMIGIO.- (*Con deleite.*) No..., la contemplo, me extasío con su apariencia fascinadora, inclusive la amo. Para después, como en el acto supremo del amor, la extirpe en el desflore que me estremezca y me haga olvidar lo efímero de las pasiones humanas.

FAMBRUESA.- Mami, ¿oíste qué bonita frase de tonto dijo el doctor?

REMIGIO.- Por eso me retrato en cada operación. Es el testimonio impreso de las nupcias que contraigo con el mal, para después redimirlo.

INMACULADA.- ¿Y Hada? ¿Dónde se encuentra Hada en esas bodas y tornabodas?

HADA.- (*Muy humilde.*) Yo soy la pomada de belladona fiel, Inmaculada.

REMIGIO.- Ella aceptó, desde un principio, mi amor intenso a mi profesión de una manera digna y elevada.

HADA.- (*Compungida*) Desde un principio, me impuse vivir entre los platos de porcelana con materias corrosivas...

MATILDE.- (*Aparte.*) Los elementos de tu fecundidad, ¡estúpida!

POMPOSA.- La sonrisa del cielo en el cascabeleo infantil de sus niños.

INMACULADA.- Aunque Dios le concedió – mediante bula pap- el inmenso honor de que ninguno fuera hembra.

FRAMBUESA.- (*En tarareo.*) Romeo y Julieta, Óscar y Amanda, *Eloísa y Abelurfo...*

HADA.- (*Con inmenso dolor.*) Sufren tanto...

INÉS.- (*A su hija.*) Mejor que vestir santos es desnudar borrachos, mi hijita.

ABELARDO.- Remigio, eso del alma como la tuya me dejó preocupado.

REMIGIO.- No es difícil; alguna flor, un mineral, la pluma del gallo de la Pasión: algo fuera de mí que me contiene sin saberlo siquiera. Tú mismo puedes ser.

ABELARDO.- Estoy muy feo.

HADA.- (*Tirando lejos el pirógrafo.*) Si de algo estoy segura es de que no entiendo nada de lo que dice el padre de mis hijos. Nunca he entendido una palabra de sus discursos. Sean en francés o en inglés, me quedo igual que antes o peor. Por eso mejor pirografo a mis hijos.

FRAMBUESA.- Uy, ese cuento me lo contó mi mamá desde que estaba en la cuna. Usted es muy chistoso.

INÉS.- ¿Qué con tu cuna, Zozobra?

FRAMBUESA.- Que se me abrió el barandal y me dio la *meringitis*.

INÉS.- Tonterías.

REMIGIO.- Plácida y lúgubre que te me apareces, niña.

MATILDE.- (*Con intensidad.*) Tú te llamas *Juan José*...

FRAMBUESA.- Palomita, palomita, ahí dejaste a tu papá bien tendido en el mosaico para ganar indulgencias... (*Transición.*) De veras, señor, no acepto sus delicadas promesas de amor. Rechazo su proposición de matrimonio pues no tengo ningún interés en tener un hijo; en ponerme vieja, gorda y fea y en que me cargue la tristeza. Más me vale vestir santos que desnudar borrachos. Yo no soy del ambiente.

REMIGIO.- Pero la soledad...

FRAMBUESA.- ¡Me la coloco de aureola!

MATILDE.- (*Intensamente.*) ¡Vampiresa! ¡Ay!

REMIGIO.- ¡Ay!... (*prolongado*) aquí... en el centro de mí mismo... me sabe amargo y... duro... Muy duro...

FRAMBUESA.- (*Escandalizando.*) ¡Para qué se pone con una niña! ¡Búsqese una de su tamaño, viejo cochino! ¡Sátiro! ¡Mamá! ¡Ay!

INÉS.- ¡¿Eh?! ¿Qué te pasa?

FRAMBUESA.- ¡Ese desgraciado de don Botiques que quiere que hagamos groserías. Es un degenerado!

INÉS.- (*Amenazante.*) ¡¿Ah, sí?!

FRAMBUESA.- Me dijo que nos metiéramos en la tina.

INÉS.- (*Lúbrica.*) ¿Y no te preguntó si traías calzones?

FRAMBUESA.- No, pero me dio una palanqueta. ¡Lo quiero! ¡Ay! ¡Lo quiero! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Dios se lo pague!... (*Pausa.*)... ¡amor...!

INMACULADA.- (*Comenta indignada.*) ¡Depravados!... ¡Sucios! Guiso doméstico, en fin.

Hada se levanta y habla entre grandes gesticulaciones.

XV. QUE YO LOS PROTEGIERA EN MI COMBA DE CIELO

HADA.- Entonces tomé mi manto y me lo puse como en el cuadro de la Santísima Virgen que está en la parroquia de San Félix. Parecía mariposa multicolor color oro. Así tendí mis brazos, miren... así... (*lo hace*). Entonces salí al Zócalo para pararme así... miren... Para pararme en el preciso lugar en que la calle empedrada acaba su vida. Me quedé silencia. Callada como una rosa. Yo y mi manto multicolor color oro, y toda la gente al verme comenzó a congregarse bajo mis brazos, bajo de mi manto multicolor color.

INMACULADA.- Salte de ahí, Colombina. (*Transición a muy suave, casi musitando.*) ¿Llovía, Hada?

HADA.- (*En otro mundo.*) No..., para besarme y para que yo lo protegiera en mi comba de cielo.

INMACULADA.- Algo debe haber pasado, Hada, porque yo no te vi. ¿Negarías a Colombina..., por ejemplo?

HADA.- No, todo el pueblo fue. Llevaban ídolos y unos incensarios con mirra y copal para celebrarme.

INMACULADA.- Pero los de la comandancia, ¿dejaron que se hicieran esos desfiguros en plena calle?

HADA.- Mis manos temblaban pero no mis brazos... Mi manto como puerta abierta se estremecía en leves temblores, como destellos tornasolados...

INMACULADA.- Tu puerta abierta como parto inútil. En fin, ya sabes en la comisaría cómo se las gastan. Te pudieron haber metido en los *Baños y Placeres*.

ABELARDO.- Eso no era su destino de ráfaga, su destino de llama enardecida que... se apagó... sin incendiar... absolutamente nada...

INMACULADA.- ¿Ah, no? Pues bien pudo serlo; se han dado tantos casos, ¿verdad, Pomposa?

POMPOSA.- Mande usted, Inmaculada.

INMACULADA.- Digo que bien pudo ser otra muy distinta la suerte de Hada...

POMPOSA.- Ay, pues eso usted lo sabrá; yo, francamente...

ABELARDO.- (*Tratando de ser convincente.*) Es que la engendró el capricho de Prometeo.

REMIGIO.- (*Completa la frase.*) Y la necesidad de Huichilobos, Abelardo, eso no lo puedes negar.

HADA.- (*Que ha permanecido con los brazos extendidos a la mitad del escenario.*) Palabras, palabras como grietas, palabras como mantos desgarrados.

INMACULADA.- Pues ¿qué te dijo?

HADA.- Me dijo que la noche y el viento me esperaban.

INMACULADA.- (*Indignada.*) ¡Eso no es posible! (*A Remigio, con mohína.*) ¡Oye, Remigio, ¿por qué le dijiste a Hada que la noche y el viento la estaban esperando? Eso no es justo, no tienes ningún derecho...

REMIGIO.- No, yo no dije eso. Le dije (*muy lírico le dice a Frambuesa*): "Puse rosas en tu casa y al no hallarte las hice morir". (*Transición.*) Así la conocí y eso fue lo que le dije.

INMACULADA.- (*Más calmada.*) Bueno...

HADA.- (*Muy leve.*) Y yo le respondí: "Me diste el pensamiento y yo quería el aroma de tu recuerdo. Hombre, tú das sólo cuando eres flor, cuando formas parte de la tierra. Y eres el espacio..."

REMIGIO.- (*A Frambuesa.*) ¿Quién eres tú?

HADA.- ¿Yo? Un alma poderosa. Mas no un latido. Mi forma me la dan los humanos a quienes

yo doy flores y ellos, en cambio, me devuelven sus recuerdos de amor, de admiración, de fe...

REMIGIO.- (*A Hada.*) Eres el poder, Hada, la virtud o la gloria de algo que no he llegado a conocer.

INMACULADA.- (*Después de una pausa.*) Remigio... Hada... ¿han pensado ambos qué es el cero?

ABELARDO.- (*Exaltado y triunfal.*) ¡¡El cero es la consumación de todos los anhelos!!

INMACULADA.- (*Molesta porque Abelardo, con sus gritos, rompió la suavidad del diálogo.*) Tiene usted la virtud de ser un genio..., profesor... (*Imperativa.*) Coma algo...

ABELARDO.- Prefiero un poco de té.

INMACULADA.- (*Furiosa.*) ¡¡Mujeres, denle a todo el mundo té!

Frambuesa, que ha seguido con Matilde, le dice remilgosa:

XVI. LA ÉPOCA DE LOS "HUEHUES"

FRAMBUESA.- Y cuando llegaba la época de los *huehues*, mi mamá me decía:

INÉS.- (*Por su lado.*) Hija, métete para dentro; ésas son perversiones fantasiosas que te pueden lastimar.

FRAMBUESA.- Y de un lado los moros y del otro los cristianos. Y yo: que quiero ir del lado de los moros. Y mi mamá que me decía:

INÉS.- (*Idem.*) ¡Dios te asista, que buena cristiana eres!

FRAMBUESA.- y que mejor me voy del lado de las espinas. Y mi mamá me decía:

INÉS.- Dios te sabrá perdonar, mi hija adorada, que eres mora morita de mis pecados.

FRAMBUESA.- Y yo nunca pude bailar cuando pasaban los huehues. Usted verá...

Todos celebran la ocurrencia.

INMACULADA.- ¿Quién quiere un poco de flan para el encordio?

POMPOSA.- Yo, si tiene la bondad.

ABELARDO.- Dale un poco a Colombina, Inmaculada.

INMACULADA.- Colombina no toma bebidas espirituosas.

HADA.- Yo preferiría una ligera ficción con ruda, en lugar de café.

REMIGIO.- (*Insano.*) Una friega... desnuda... es mejor siempre.

INÉS.- Ni la niña ni yo, por favor, porque nos espanta el sueño. Muchas gracias.

MATILDE.- Aquí hay fantasmas. Hace un momento vi clarita la imagen de mi papá vestido de gañán caminando por la gañanía...

INMACULADA.- (*Con mucha insidia y sólo a Matilde.*) ¿No iría a buscar a Ricardo...?

ABELARDO.- Era el único traje que tenía, ¿qué

REMIGIO.- *(En medio de su carrera le dice a Matilde.)* ¿Me parezco a tu padre, Matatena?!

HADA.- ¡Con sus botas de agujetas para alcanzar los aguacates, ja, ja, ja...!

INÉS.- *(Muerta de risa.)* ¡No me la canse usted mucho, don Juanito, que luego ¡el trabajo que me cuesta para que se duerma!

MATILDE.- ¡¡Sucio!! ¡¡Sucio!! ¡¡Indecente, eso no se hace con una niña!!

ABELARDO.- *(Que sigue corriendo.)* ¡Entonces, ¿con un niño?! Ja, ja, ja...

INMACULADA.- *(Entre risas.)* ¡Colombina ya se está cansando, miren hasta dónde lleva la lengua, ja, ja, ja...

MATILDE.- *(En el colmo.)* ¡¡Maldita perra!! ¡¡Perra del infierno, tú eres el culpable de todo!! ¡¡El ansia te cargue y te reviente, desgraciada!! *(Toma la correa de Inmaculada y va tras donde ella cree está la perra golpeando el suelo obsesivamente.)* ¡¡Asmática!! ¡¡Cloroformada!!

INMACULADA.- *(Se levanta enfurecida.)* ¡¡Todo eso y más lo serás tú, asesina!! ¡A Colombina no la tocas! ¡¡Toma, miserable!! *(Se acerca a ella y le arrebatada la venda con que cubre su cabeza rapada.)*

MATILDE.- *(Como herida de muerte.)* ¡!!Aaaayyy...!!!

Se suspende la acción y todos quedan tensos.

XVII. MIS LABIOS LLENOS DE AMOR

INMACULADA.- *(A Matilde.)* ¡¡La peste y la carroña acaben con tus huesos, miserable!! ¡¡Te pudras en vida como en muerte, pues los gusanos pululan en tu corazón!! ¡¡Vete y ni vuelvas a matar a tu padre. No mereces su muerte, rata apestosa!! ¡Podredumbre! ¡Vete y quédate sola! ¡¡Sola!! ¡Siempre sola! ¡Jamás volverás a estar en las reuniones de Inmaculada! ¡Hongo venenoso; como cáncer!

Pausa suspensiva. Matilde sale precipitadamente cubriéndose la cabeza. Ahora Inmaculada les habla a los otros con infinita tristeza, lenta y suavemente:

Todos ustedes como un inmenso basurero de soledades... Como semillas huecas que jamás darán fruto... ¡Como vino maligno que lastima mis labios...! *(Cada uno va saliendo hasta dejarla sola. El niño queda en escena.)* ...¡¡Mis labios llenos de amor... de amable compañía... llenos de amor por todos y por Colombina...!! *(Descubre al niño.)* ¡Niño! *(Transición.)* Shist... *(Ahora es otra.)*... ¡Qué pena contigo...!, Todo lo que viste... De todo lo que has sido testigo... *(Rápida.)* ¡Ven! ¡Ven y perdóname...! ¡Perdona también a Colombina, no sabe lo que hace...! ¡Cómo no me acordé de tu presencia de ángel! *(Transición.)* ¡¡Horror!! *(Va hacia él y lo toma entre sus brazos.)* ¡No volverá a pasar...! ¡No volverá a celebrarse fiesta alguna en

esta casa! ¡De ahora en adelante sólo Colombina y yo... la una con la otra...! ¡Y tú!... Aquí... *(lo conduce al ropero del sol y la luna)* como espejo del sol y la luna. Niño amado, niño adorado, santo... santo niño de la azucena... Milagroso niño fundador... *(en marcada contrición)*... que estás con nosotros. Gracias te damos de todo corazón por tu amable compañía... Niño rey, protector nuestro, líbranos de mala muerte repentina esta noche... *(rezando devotamente)*... a mis amigos y enemigos, a nuestros bienhechores y malhechores, a todos en general y en particular a Colombina en medio de estos recuerdos, que desde mi sombra te agradecen el retrato tan lindo que le hiciste... Para que tu permanencia inocente y protectora nos asista por los siglos de los siglos...

Música que concluye la escena para

TELÓN